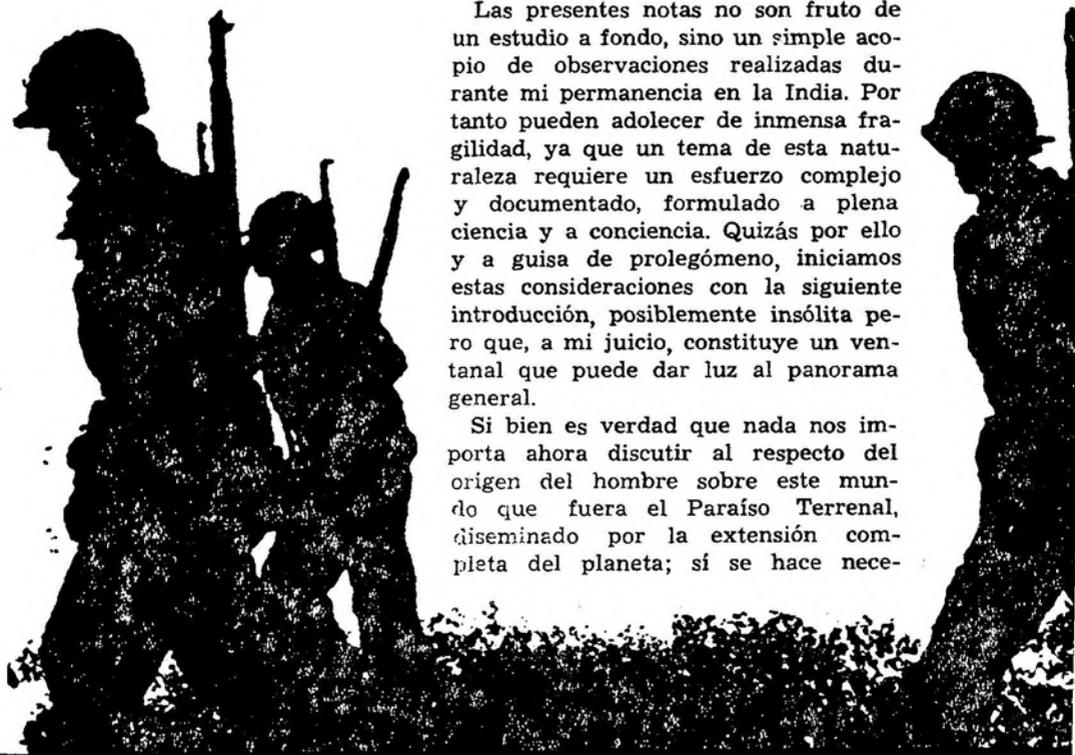


EL SUDESTE ASIÁTICO

Coronel (R) MANUEL AGUDELO G.

Las presentes notas no son fruto de un estudio a fondo, sino un simple acopio de observaciones realizadas durante mi permanencia en la India. Por tanto pueden adolecer de inmensa fragilidad, ya que un tema de esta naturaleza requiere un esfuerzo complejo y documentado, formulado a plena ciencia y a conciencia. Quizás por ello y a guisa de prolegómeno, iniciamos estas consideraciones con la siguiente introducción, posiblemente insólita pero que, a mi juicio, constituye un ventanal que puede dar luz al panorama general.

Si bien es verdad que nada nos importa ahora discutir al respecto del origen del hombre sobre este mundo que fuera el Paraíso Terrenal, diseminado por la extensión completa del planeta; sí se hace nece-



sario el recordar cómo la inicial floración del talento humano, así como el nacimiento de la civilización y de la cultura, se realizaron en tierras del actual Oriente Medio. E importa recordar también cómo su primera expansión, a la manera del agua que cae sobre un pavimento, fue un salpicar en todas direcciones, antes de adoptar un curso definitivo en su corriente. Por ello se vislumbran antiquísimos vestigios de cultura diseminados irregularmente por el Asia, como focos aislados de extinguidas civilizaciones, vistos con ropajes de leyenda y los cuales se fueron extinguiendo, se fueron secando en el olvido o se fueron velando entre las sombras. Mas, luego, con el correr del tiempo, el incontenible caudal de la cultura, como el agua, tomó su cauce definido de corriente y un rumbo concreto de expansión. A partir del Medio Oriente se lanzó decidida hacia el Poniente. Por tal motivo a dicho rumbo se le llama, con justicia, **"La Ruta del sol"**. Es así cómo muy pronto es el Mediterráneo la figura esencial dentro de la humana historia. Un día aparece el Egipto como depositario de la gran cultura. Otro día salta ella hacia la Grecia inmortal, para correr luego en pos de Roma y de Cartago. Desde allí se canaliza hacia la total conquista de la presente Europa, hasta culminar gloriosamente sobre la península Ibérica. Más de pronto y en un instante fulgurante de la historia sobreviene la aparición de un Nuevo Mundo. Entonces, sin demora ni vacilaciones, fluye la civilización hacia el propicio y hoy poderoso estado norteamericano, en cuyo seno aquilata su pujanza y se hace más fecunda su vitalidad. Pero no se detiene aún allí, pues, a poco andar y saltando por sobre las ondas del Pacífico, reaparece ante el escenario misterioso del Mikado. Así, pues, siempre y siempre se encamina el rumbo de la

cultura y de la civilización hacia el Poniente. Solo que tal proceso se realiza por los primitivos tiempos con lentitud milenaria, para marchar luego al compás de siglos, en tanto que ahora avanza con vertiginosos pasos.

Pero hay aspectos trascendentes en este gran proceso. Primeramente es fuerza reconocer cómo los principales efluvios de su desarrollo se han realizado, en términos generales, dentro del anillo comprendido por la Zona Templada del Norte, por cuyo motivo podemos denominarla como la **"Corona Dinámica de la cultura"**. Pero, a la vez, como el desenvolvimiento de la civilización marchó constante e íntimamente unido al poderío de los pueblos favorecidos, también podemos denominar al gran fenómeno como la **"Gravitación anular del predominio"**.

Otro aspecto del fenómeno (que es a donde queríamos llegar), consiste en un interrogante de plena y angustiosa actualidad. Porque, si la **"Gravitación Anular del Predominio"** se ha realizado dentro de la **"Corona Dinámica de la Cultura"**, siguiendo inflexiblemente la **"Ruta del Sol"** y sobre la base de que el proceso ronda ya las playas del Catay, lógicamente cabe preguntar: **¿Está, según ello, en este instante histórico, en riguroso turno de predominio la China Comunista?....**

Y de ello mismo surgen otros interrogantes consecuentes: ¿Su presente agitación interna será, acaso, normal efecto de espasmos naturales de una monstruosa gestación?.. ¿Sus actuales arrogancias y sus claros intentos de expansión son como iniciales empujes de un volcán próximo a estallar? ¿Sus hechos agresivos últimamente contemplados no podrán considerarse como preliminares sacudimientos de una nueva bestia apocalíptica? ¡El próximo futuro lo dirá!

Algo sobre la China:

Gigantesco país que no puede y no debe menospreciarse. Su inmenso territorio abarca 9.870.000 kilómetros cuadrados (más de 8 veces la extensión de Colombia). Lo habitan 750 millones de seres humanos, con un incremento anual de 15 millones de habitantes. Es la más nutrida masa humana, sometida, además, al yugo de un poder omnímodo, implacable y feroz.

Pero la China se halla agobiada por tremendas limitaciones y enfrentada a problemas descomunales. Muy en general, sus principales limitaciones son las siguientes:

Territoriales: Solo una quinta parte del inmenso territorio, de la Manchuria al Cantón, es de tierras bajas, ubérrimas, laborables y plenamente aprovechables. El resto, o está constituido por desiertos, o hace parte de dilatadas cordilleras impropicias para la producción. Allí, las planicies de la Mongolia Interior, integrantes del Desierto de Gobi. Al occidente, los desiertos de Takla Makan y del Dzostin Elisum, en el Sinkiang, separados por las finales estribaciones de la impropicia cordillera del Tien Shan. Hacia el sudoeste se levantan las infinitas y áridas mesetas del Kuen Lun y del Tibet, hasta coronarse en nieves perpetuas sobre las inaccesibles eminencias de los Himalayas. Por otra parte, los recursos minerales no constituyen, real y proporcionalmente, una base ampliamente aprovechable.

Sociales: Frente a las condiciones territoriales descritas, se hace mucho más grave el ya tremendo problema demográfico, puesto que solo una quinta parte del territorio puede abastecer a tan enorme masa humana. ¿Cómo dar solución a cada uno de los gigantescos problemas vitales? ¿Cómo llenar las numerosas y descomunales necesidades colectivas? Hay que cal-



CORONEL (R)
MANUEL AGUDELO G.

Oficial del Ejército del arma de Infantería. Nació el 15 de noviembre de 1902 en Paipa (Boyacá). Ingresó a la Escuela Militar el 5 de febrero de 1924 y reglamentariamente obtuvo los ascensos militares hasta el grado de Coronel.

En su carrera militar sirvió en las siguientes unidades: Batallones de Infantería Bolívar, Boyacá, Girardot, Sucre, Bárbula, Guardia Presidencial, Santander, Córdoba, Nariño, Bomboná y García Rovira. Además, prestó importantes servicios militares y civiles al país, entre los cuales se destacan los siguientes: Profesor de Topografía, Táctica, Fortificación y Pedagogía Militar en la Escuela Militar y en la Escuela de Infantería. Profesor de Planta en la Escuela Superior de Guerra. Comandante de las Fuerzas Internacionales en Leticia, al servicio de la Sociedad de las Naciones. Oficial de Estado Mayor. Comandante de la Primera Brigada. Secretario General del Ministerio de Guerra. Representante de Colombia ante la Junta Interamericana de Defensa. Ministro de Comunicaciones. Rector de la Universidad Nacional. Embajador de Colombia ante los gobiernos de Austria, Noruega e India.

Posee, las siguientes condecoraciones: Cruz de Boyacá, Medalla de Servicios, Medalla Francisco José de Caldas, Medalla José María Córdoba, Orden Naval Almirante Padilla, Cruz del Mérito Aeronáutico Antonio Ricaurte, Orden Estrella de la Policía, Orden Militar Antonio Nariño, Orden Militar Trece de Junio, Orden del Santo Sepúlcro, Gran Cruz de Plata de Austria y Gran Cruz de la Real Orden de San Olav, de Noruega.

cular la enorme proporción de cada problema, aislado, con miras a su solución: Alimentación, sanidad, educación, etc. Realmente el océano humano que allí mora, representa un inconcebible contrapeso y fuente segura de problemas insolubles.

Económicas: Son ellas consecuencia inmediata de las anteriores consideraciones. Y sus problemas son tan claros y evidentes, que no requieren aclaración alguna. Algunos de sus efectos pueden significar: Restricciones y racionamientos, imposibilidad de comercio hacia el exterior, imperiosa necesidad de ayuda externa.

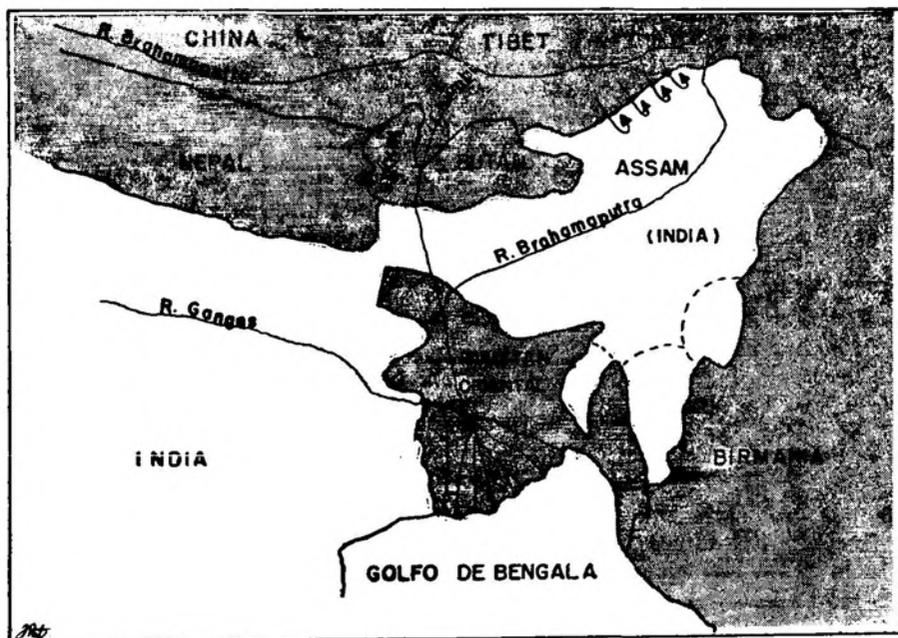
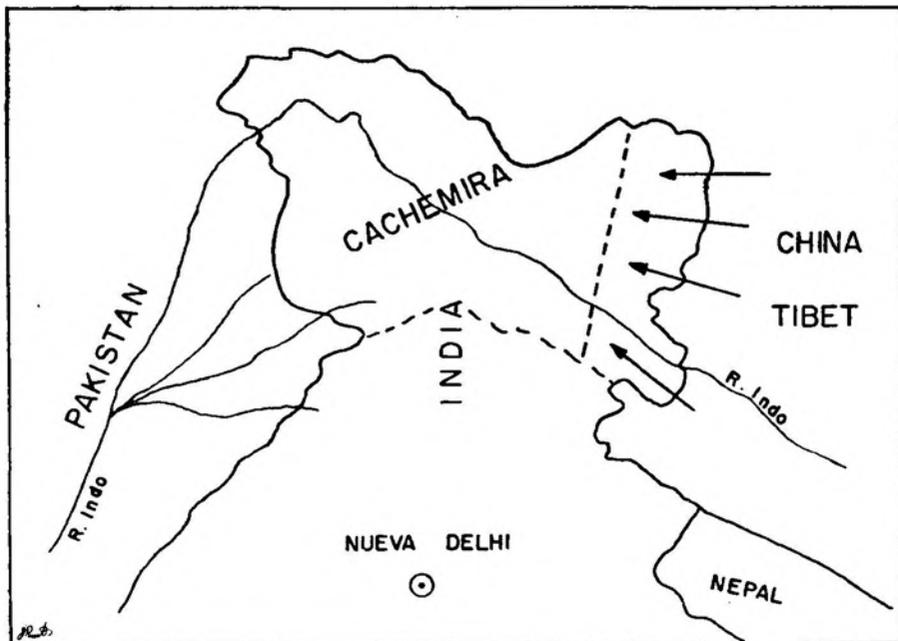
Políticas: En el interior se halla empuñada la China en una lucha descomunal de predominio, de características salvajes. No aparece allí ningún factor ideológico. Quizás lo único importante en ello sería el dilucidar cuál de los bandos en pugna presenta programas más agresivos hacia el exterior. Porque, de un tiempo a esta parte, la China se ha embarcado en numerosas aventuras y en empresas claramente expansionistas. A este respecto y descartando el problema de Formosa, pueden mencionarse: Conflicto de Corea, altanero antagonismo con la Unión Soviética, amargas relaciones con Mongolia, impune conquista del Tibet, penetración al estado indio de Cachemira (Fig. Nº 1), penetración (rectificada) al estado indio de Assam (Fig. Nº 2), disturbios recientes en Hong Kong, comprobada intromisión política dentro de países extracontinentales y el palpitante caso del Vietnam. Digna de sostenerse también en cuenta es la permanente amenaza sobre el elevado valle del río Chumbi, contra los reinos de Sikkim y de Bután y el estado indio de Bengala, en su no disimulado empeño por hallar urgente salida al Océano Indico por la ruta Chumbi—Brahmaputra—Golfo de Bengala (Fig. Nº 2).

Muy a grandes rasgos, la política exterior de la China podría sintetizarse en: Imperioso anhelo de obtener directo desemboque al Océano Indico, como puerta y desahogo de sus regiones occidentales, especialmente de las mesetas del Kuen Lun y del Tibet. Predominio político sobre el Area Indica. Control de las rutas, marítimas y aéreas, entre el Pacífico y el Indico. Expansión territorial. Expansión mundial de sus ideologías y conquista de prosélitos, con miras al predominio. Lucha contra los países democráticos, especialmente contra los capitalistas.

Geográficas: No obstante la enorme extensión territorial, pero, como consecuencia de la agresiva política exterior, la China se halla geográficamente bloqueada. Por el norte moran sus poco afectos vecinos de Mongolia y de Siberia (URS). Al occidente se encuentra con las Repúblicas Socialistas Soviéticas de Tadjikistán, Kirguistán y Kadsastán. Por el sur, fuera de la dudosa amistad de Afganistán y del no inmediato Pakistán, tropieza con la afrentada India y los no menos heridos reinos del Nepal, de Sikkim y de Bután, amén de su insegura amiga Birmania y de sus débiles aliados de Laos y del Vietkong. Hacia el oriente, sobre la amplitud del Océano Pacífico, tiene vedados sus caminos por una cadena continua de fuerzas adversarias: Sud-Corea y el Japón, la cadena insular del Ryukyu tan fuertemente vigilada por la VII Flota Norteamericana, Formosa, Filipinas y hasta la propia posesión británica de Hong Kong enclavada dentro de su territorio.

Fuerza y Poderío de la China:

Su apreciable poderío, aunque parezca contradictorio, procede de sus mismas limitaciones, de las propias razones de su debilidad, del peso y gravedad de los enormes problemas que



la agobian. Es el ansia de eliminar las tremendas presiones a las cuales se halla sometida; es la imperativa necesidad de superar todos sus problemas; es, hasta cierto punto, el anhelo de liberación de tan graves limitaciones. De allí su ardiente y descomunal aspiración de predominio y de violencia, acrecentada con la ambición y la ferocidad de sus caudillos. Es que, al no hallar solución a los problemas y como no es posible detener el impulso de los pueblos, el resultado inmediato es el de explosión. Toda masa comprimida busca ciegamente su expansión. Pero si la masa está constituida por elementos pensantes y agitados por agresivos conductores, entonces el efecto tiende, indefectiblemente, a la catástrofe. La opresión, así sea ella producto de condiciones naturales, exalta el sentimiento humano hasta inconcebibles grados de locura. En nuestro caso concreto y para tomar un solo ejemplo, por cruel y por salvaje que parezca, la realidad es que la China principiaría a liberarse y a salvarse (y con ella el mundo), si una hecatombe, natural o provocada por el hombre, le arrasare en un instante trágico siquiera 400 millones de habitantes (el doble de la población norteamericana).

¿Tan espantoso pensamiento habrá entrado, acaso, en cálculos de los altos dignatarios chinos? ¿Por ello será por lo que insisten sus dirigentes en buscar, por todos los medios, la consumación de la hecatombe? ¿Será ese uno de los factores que los impulsan a mantener vivo el fuego de la "guerra fría", con torrentes de sangre humana? ¿Por qué la insistencia en fomentar perpetuos problemas bélicos en diversos rincones del mundo, así sea sacando la brasa con mano ajena?

De toda suerte, el resultado práctico de esta contrapuesta situación y como corolario de la violencia expansi-

mismas limitaciones, de las propias razones de su debilidad, del peso y gravedad de los enormes problemas que va de su política, es el de que la China actual constituye un formidable bastión de poderío bélico: Masas humanas que puede lanzar ciegamente, por oleadas oceánicas, sin preocupación alguna por su preservación. Enorme incremento de sus organizaciones militares, inclusive con apreciables posibilidades de auto-abastecimiento en armas y en maquinaria bélica. Jefes y conductores experimentados en multitud de campañas, desde hace largo tiempo. Y, por si fuera poco, **trágica disponibilidad del poderío nuclear.** Falla, momentáneamente, en cuanto a un proporcional poderío marítimo, lo cual evidentemente le resta impulso para realizar su expansionismo. En todo caso hoy, más que nunca, resuena rugiente y redivivo el viejo dragón del "peligro amarillo".

La península Indochina:

Es, en el Asia, lo que fueran otrora los países Balcánicos de Europa. Hasta la última conflagración mundial, gran parte de sus territorios se hallaba sometida al poder de sus metrópolis. Pero, por efecto del quebrantamiento de los imperios coloniales, se convulsionaron las zonas sometidas y, en violentas y victoriosas contiendas, lograron obtener su independencia. Mas, por complejos y múltiples factores, ya de orden religioso o político, tradicional o económico, o por el simple florecimiento de ambiciones, al devenir la libertad prosiguió la convulsión. Y es así cómo, de lo que fuera una dilatada posesión de Francia, resultó un mosaico de países, artificialmente conformados, inclusive contrariando vínculos milenarios de historia o tradición. Surgieron estados de lo que antes eran protectorados o provincias. Como resultado de ello, fuera

del antiguo reino de Tailandia o de Siam, aparecieron los siguientes estados soberanos: Birmania, emergida de la grande y vieja India; Malasia, Cambodia, Laos y el Vietnam. Pero este último, tal como Corea, se fraccionó en dos porciones irreconciliables: el Vietnam del Norte o Vietkong y el Vietnam del Sur o simplemente Vietnam.

Dentro del terreno político también se ubicaron en la fraccionada Península Indochina los dos bandos mundiales de la pugna actual: Tailandia, Malasia y el Vietnam pusieron su afecto por la causa de Occidente. Birmania, Cambodia, Laos y el Vietkong rindieron sus banderas por la causa comunista. (Fig. N° 3).

Generalidades sobre la Situación:

Adagio popular enseña que: "En río revuelto, ganancia es de pescadores". Pero, si ello es verdad dentro del pequeño trato social, lo es más y más evidente a medida que acrece la entidad de los tratantes. Por ello, ya al nivel de los grandes poderes mundiales, el modesto adagio toma caracteres de monstruoso axioma. Es así como se contemplan países que, para buscar el éxito de sus propósitos, necesitan mantener vivo el fuego de la discordia, trepidante el acero de los cañones y amenazante el implacable vampiro de la angustia. No importa dónde surja el incendio. Lo esencial es que ello ocurra fuera de la propia casa y en donde pueda fácilmente alimentarse el combustible de la lucha.

A este propósito ya hemos visto cómo, por los contornos del Asia colindantes con la China, se han sucedido en cadena los incendios en los últimos tiempos: Formosa, Corea, el Tibet, Cachemira, Assam, el Vietnam, Hong Kong y esa tensión latente sobre el río Chumbi. Pero, si tomamos como ejemplo el caso aislado de Corea y como

una patética experiencia colombiana, fácilmente podemos comprobar cómo los soldados nuestros que pudieron regresar a su terruño amable, en sus flamantes narraciones nunca mencionan a las tropas norcoreanas como adversarias dentro del heroico capital de sus hazañas. Siempre, o casi siempre, hacen concreta mención a sus horribles y sangrientos encuentros con "los chinos", con "las tropas chinas", ¿Cómo y por qué? ¿Acaso la contienda no era en Corea, entre coreanos, por coreanos y para los coreanos? Diferente es el caso de las tropas internacionales, puesto que ellas luchaban francamente, a la vista del mundo, sin ocultamiento, en defensa de la Corea del Sur.

Pero el conflicto de Corea terminó. Por tanto era necesario, tal como lo hace cualquier incendiario, llevar el fuego a nuevo y propicio campamento. Era indispensable mantener vivo el fragor de la contienda en otro sitio. Y éste fácilmente pudo hallarse, muy bien elegido por cierto, para los pre-determinados fines. Y así se produjo un caso similar al de Corea.

Veámoslo:

Corea del Sur es una península pequeña, aislada y, por entonces, sin amigo presente en su contorno (el Japón acaba de ser aniquilado), afectada a la causa occidental y con un país hermano, de su mismo nombre y origen, ubicado sobre su cabeza y dispuesto a prestarse a la tramoya. En forma semejante, sobre el borde sud-oriental de la Península Indochina se halló otro país, también pequeño, separado de su amiga Tailandia por los antagónicos hermanos de Laos y de Cambodia; separado de sus amigas de Malasia y Filipinas por el Golfo de Siam y el Mar de la China, respectivamente; enfren-



tado, aguas de por medio, al poderío de Mao-Tse-tung por el norte y a la farándula que representaba Sucarno por el sur, también afecto a la causa de Occidente y, como en el caso de Corea, con un hermano de su mismo nombre y origen sobre su cabeza, igualmente dispuesto a prestarse a la tragedia. (Fig. N° 3).

¡Qué paralelismo tan casual! Corea se necesitaba como punta de lanza contra el Japón y para asegurarse las rutas de los mares colindantes. El Vietnam junto con la ya amenazada Malasia, son indispensables como puerta de escape hacia los mares del sur y para mantener la llave de la navegación interoceánica entre el Pacífico y el Indico. ¿Podía desperdiciarse tan señalada oportunidad? ¿Podía hallarse mejor situación, tan propicia y tan a la mano? ¿Quién podría salvar a tan señalada víctima? ¡Era, pues, del caso aprovechar!

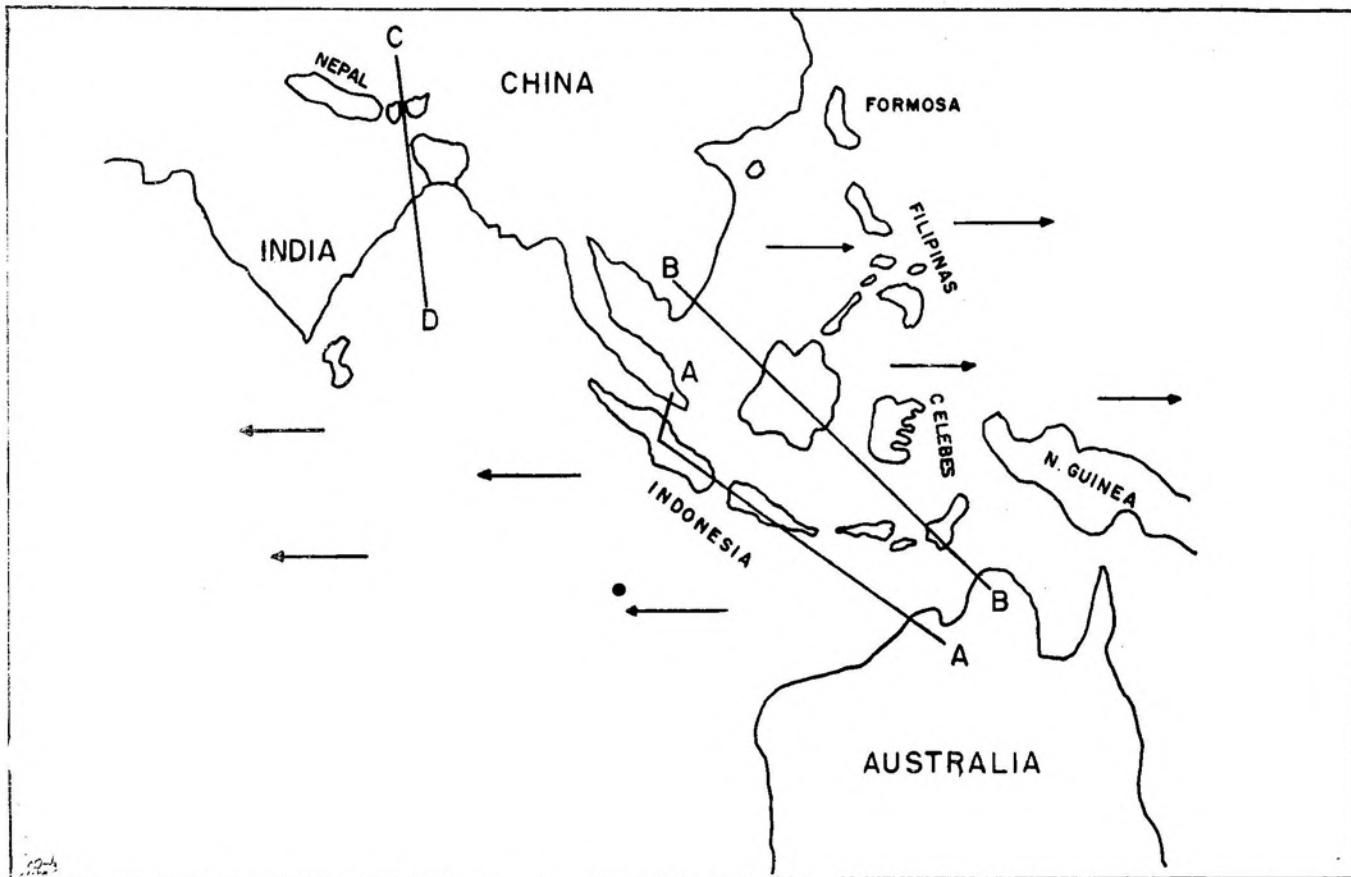
El pretexto o el resorte susceptible era lo de menos. En Oriente, el aspecto religioso es tan trascendente como cualquier factor económico o político en el resto del mundo. Agitar, pues, el sentimiento religioso en un pueblo oriental, es como arrojar llamaradas sobre un depósito de pólvora. Y si a ello se agrega la persistente conjugación de un bien seleccionado lema político, falso o verdadero, generalmente más falso que verdadero, entonces la agitación de las masas y las convulsiones nacionales adquieren proporciones inconcebibles e ilimitadas, desarrollando odios irreconciliables y feroces. Y es lógico pensar que, quienes propician la revolución universal, conocen muy bien esta circunstancia, de donde solo les resta atizar los rescoldos dentro del sector elegido para que luego, por propio impulso, se produzca "espontáneamente" la hecatombe.

Tal el caso del Vietnam. De un pro-

blema político, interno y elemental, se hizo virar el ambiente hacia el aspecto religioso, el cual afectó muy pronto regiones fuera de fronteras. Las llamas que consumían por entonces a los Bonzos auto-inmolados propagaron el incendio. Pero este fue nueva y artificioosamente revertido hacia el ámbito político, con extensión ya internacional. Por tanto, en este caso, más que discutir sobre el desarrollo material de los acontecimientos, importa desentrañar la mano misteriosa que revolió cenizas y encauzó el rescoldo, que agitó las masas y allegó los combustibles, que incendió el ambiente y que lanzó a los pueblos hermanos a la lucha. Para ello, ante todo, importa considerar a quién o a quiénes aprovecha directamente la contienda del Vietnam; quién puede salir beneficiado con su destrucción y su conquista. Y por contra, cabría preguntar ¿qué pueden ganar, real y verdaderamente, los defensores del Vietnam con la destrucción del Vietkong?. Las respuestas son obvias.

Ahora bien, ante los hechos cumplidos y atendiendo al bienestar y al interés mundiales en beneficio de la paz, es del caso preguntar: **¿Habría sido preferible el permitir, como en el caso del Tibet, el supremo sacrificio del Vietnam?** ¿Con ello se habrían eliminado futuras ambiciones y se habría asegurado la serenidad del mundo? ¿Era el Vietnam un fin último, o un simple escalón dentro del vasto programa de incontenibles aspiraciones? "¡Ahí está el detalle!". Pero la respuesta a todo ello parece indubitable: ¡NO!

¡No! La voracidad expansionista es ilimitada. Aniquilado el Vietnam y dada la, por entonces, indeclinable amistad con Indonesia, se abrían para la China los amplios portales del Pacífico y del Indico. Como víctima inmediata quedaba, cuando menos, la



Malasia. Y entonces, con estos dos zar-
pazos, aparecen claras las trascenden-
tes conquistas de Pekín: (Fig. Nº 4).

- Aniquilamiento de Thailandia y de Malasia, seguramente con el posterior arrollamiento de sus actuales e incautos amigos de Indochina.
- Asalto sobre los reinos de Sikkim y de Bután de los estados orientales de la India y del sector pakistano del Este. Ello significa **conquista territorial del Sudeste Asiático**, a partir de la línea: Río Chumbi - Bajo Brahmaputra - Golfo de Bengala hacia el oriente. (Fig. Nº 4 Línea C-D).
- Predominio sobre la navegación, marítima y aérea, entre el Pacífico y el Indico, sobre la línea: Indochina - Indonesia - Australia. (Líneas A y B de Fig. Nº 4).
- Predominio político sobre toda el Area Indica, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el Cabo Leawin y a lo largo del meridiano 70. (Flechas en Fig. Nº 4).
- Predominio político sobre Filipinas, Micronesia, Melanesia y Polinesia. (Flechas en Fig. Nº 4).
- Incremento de influencia y de proselitismo en Africa Occidental e Iberoamérica.

¿Y después? ¿Con ello se cancelarían todos los peligros para el mundo?

¿Podría, entonces, no ya la VII Flota sino toda la Armada Norteamericana contener el influjo de la China sobre tan vastas extensiones y su creciente anhelo de expansión? ¿No sería ya demasiado tarde para contener el torrente desbordado?

Surge, pues, una consecuencia, inobjetable y clara: La lucha actual norteamericana en el Vietnam no se realiza por el simple beneficio del Vietnam. No se trata de una contienda entre el Vietkong y el Vietnam, aislada y solidariamente. Esta lucha es solo el primer paso o pretexto para fines superiores y supremos. Por parte de la China se trata de romper sus propias barreras, ante la necesidad de hallar solución a todos sus problemas. Por parte de los EE. UU. de Norteamérica se trata, pues, de contener el alud dentro de sus propios muros, antes de que un fatal desbordamiento se precipite incontenible sobre el mundo. Al comprometerse en esta lid, los EE. UU. realizan, junto con la eliminación de futuros problemas acrecentados, la consecuente protección del mundo libre.

Esa es, en síntesis y en mi sentir, la situación en el Sudeste Asiático y tal la significación de la tremenda lucha que se libra en sus montañas y entre la agreste espesura de sus selvas.

